1 de noviembre 2026

Obra: Las bienaventuranzas

Personajes: Jesús, Fray, Bartimeo y Jimena.

(Entran a escena Fray y Jimena)

Fray: Hola niños.

Jimena: Hola amigos. Hola Fray. ¿Nos puedes decir quién es el más feliz?

Fray: ¿El que de verdad es el más feliz o el que el mundo dice que es el más feliz?

Jimena: ¿Qué no es lo mismo?

Fray: No. El mundo dice que el más feliz es el que tiene muchas cosas, mucho poder, mucho dinero, el que es guapo y nunca se enferma.

Jimena: ¿Y a poco ese no es feliz?

Fray: No. Si tiene dinero, quiere más.
Si tiene poder…

Jimena: Tiene miedo de perderlo.

Fray: Si tiene muchas cosas…

Jimena: Tiene miedo de que se las roben.

Fray: Si tiene salud…

Jimena: Tiene miedo de enfermarse.

Fray: Si es muy guapo…

Jimena: Tiene miedo de engordar y tiene envidia de los que se ven mejor que él.

Fray: Y hasta tiene miedo de envejecer, porque no quiere tener arrugas.

Jimena: Entonces, ¿quién es de verdad feliz?

Fray: Voy por Jesús para que Él nos lo diga.

(Sale de escena Fray. Entra a escena Jesús)

Jesús: Hola niños.

Jimena: Hola Jesús. ¿Nos puedes decir quién es el más feliz?

Jesús: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Jimena: ¿Qué es bienaventurado?

Jesús: Feliz, dichoso. Le irá bien.

Jimena: Y ¿quiénes son los pobres de espíritu?

Jesús: Son los que delante de Dios se ven pequeños a ellos mismos. Se sienten pobres en su presencia.
Los que todo lo esperan de su bondad. Los que oyen y obedecen Sus palabras.
Son los que no se creen más que los demás o los mejores. Los que no confían en sus propias capacidades y sus propias fuerzas, sino que todo lo esperan de Dios.

Jimena: Entonces amigos, vamos a pararnos de puntitas. Y ahora, en lugar de querer estar así, por encima de los demás, vamos a hacernos chiquitos más chiquitos, porque delante de Dios, somos pequeños y pobres. Necesitamos todo de Él.

Jesús: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Jimena: Eso es: ¿Felices los obedientes, los que no se rebelan?

Jesús: Sí. Los que hacen la voluntad de Dios y cumplen su plan. Los que no se quejan. Los que tienen paciencia con los demás. Los que no guardan rencor ni se enojan por las cosas. Ellos vivirán en el Reino de Dios.

Jimena: Amigos, pongan sus manos para pelear. Ahora en lugar de querer pelear, vamos a poner nuestra mano en la

frente, para obedecer a Dios. A sus órdenes Señor.

Jesús: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Jimena: Eso es felices los que lloran, ¿por el dolor?

Jesús: Sí. Y que en lugar de quejarse, lo ofrecen a Dios, con amor. Pero también hay quien llora cuando las cosas no le salen como quiere. O porque se da cuenta, de que las cosas que hace, lo alejan de Dios.

Jimena: Y eso lo pone triste.

Jesús: Los que llenos de dolor y de tristeza, lloran sus pecados, o los de los otros.

Jimena: Jesús, yo quiero llorar por mis pecados, por haber ofendido a Dios y por haberte lastimado. Estoy muy arrepentida. Pero si lloro, ¿Tú me vas a consolar? Y por eso voy a ser feliz.

Jesús: Sí. Y voy a sanar tu corazón, si me lo pides.

Jimena: Yo te pido que me quites el rencor, la envidia y las ganas de que los demás hagan lo que yo quiero. Pues eso me aleja de Dios. Y que me des tu consuelo, cuando estoy triste.

Jesús: Sí. Y mi Espíritu te va a ayudar a no irte lejos de Mí.

Jimena: Yei. Amigos, pídanle a Jesús que sane su corazón y los consuele. ¿Listos? Jesús, por favor, sana mi corazón y dame tu consuelo.

Jesús: Bienaventurados los que tienen hambre, y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Jimena: Eso yo me lo sé. La justicia aquí, no se trata de darle a cada quien lo que le corresponde, sino de ajustarse a la voluntad de Dios. Por eso son felices los que tienen muchas ganas de hacer la voluntad de Dios, porque Él mismo les ayuda a lograrlo. ¡Si

tú quieres a Dios agradar, Él te lo concederá!
Amigos, vamos a decir: Dios mío, quiero hacer tu voluntad.

Jesús: No solo hay que querer la justicia, se necesita tener hambre y sed de ella. Esto es, amar y buscar con todas las ganas, todo lo que te hace justa delante de Dios.

Jimena: En lugar de estar atenta a los errores de los demás, voy a estar atenta a mis pecados, para corregirme y hacer la voluntad de Dios, siempre y en todas partes.

Jesús: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Jimena: ¡Sí! Felices los que aman, como Dios ama, porque ellos serán amados por Dios. Y Dios nos ama con un amor que no espera nada a cambio. Nos ama sin límite, gratis, y desde siempre. Jesús, ¿Tú crees que yo puedo amar así?

Jesús: Si te dejas ayudar por Mí, sí lo puedes hacer.
Esta misericordia no solo es para ayudar a los pobres, sino también para soportar los defectos de los demás.

Jimena: ¡Sí! Para perdonar a los demás, como queremos que Dios nos perdone. Y a ayudarlos en todo lo que necesiten.

Jesús: En sus necesidades de alma y de cuerpo.

Jimena: Entonces amigos, vamos a darnos un abrazo bien fuerte, para sentir que Dios nos ama más que nadie. Y con ese amor, amar a los demás. Perdonarlos. Y estar atentos a lo que necesitan.

Jesús: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

Jimena: Eso es, felices los que no tienen polvo ni mugre en su corazón, pues dejan que el Espíritu Santo entre a quitar toda la basura. Como el odio,

el rencor, la mentira, la envidia, el chisme, la crítica.

Jesús: También los que por medio de la oración y de confesar con humildad sus faltas, purifican los ojos de su corazón, estos son, los que verán a Dios.

Jimena: Amigos, con nuestra mano vamos a limpiar el corazón. Pues con nuestro corazón es con el que vamos a ver a Dios. Y ¿por qué no con nuestros ojos?

Jesús: Porque a Dios no se le puede ver con los ojos de la cara. Es un espíritu puro.

Jimena: Por eso necesito los ojos de la fe. Y por eso, lo voy a ver con el corazón.

Jesús: Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados.

Jimena: ¿Quiénes son los pacíficos?

Jesús: Son los pacientes. Los que trabajan primero, en mantener la paz en su corazón, y después, en los demás.

Jimena: La paz solo la tengo cuando Tú eres lo más importante en mi corazón. Por eso, me esfuerzo por hacer que Tú seas el primero en los corazones de los demás. Y que los que han pecado, se arrepientan, dejen su pecado y le pidan perdón a Dios.
Entonces, vamos a poner nuestra mano en nuestro corazón y en cada latido decimos: Jesús, Jesús, Jesús.

Jesús: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Jimena: Felices los que son perseguidos por ajustarse a la voluntad de Dios. O por defender la justicia.
Eso ya me pasó. No es que te persigan con palos y piedras, pero sí te persiguen cuando te señalan y te critican por ser

diferente. O por no seguir lo que el mundo dice, sino por querer hacer lo que Dios quiere.

Jesús: Bienaventurados son, cuando los maldigan, y los persigan, y digan todo mal contra ustedes mintiendo, por mi causa.
Gócense y alégrense, porque su galardón, muy grande es en los cielos. Pues así también persiguieron a los Profetas, que fueron antes de ustedes.

Jimena: Jesús, eso está muy difícil.

Jesús: ¡Sí! Por eso necesitas mi ayuda. Porque el 10 perfecto, está no solo en que te hagan sufrir, sino que lo hagas con paciencia y con alegría.

Jimena: Hasta que pueda dar la vida por Ti.

Jesús: ¡Sí!

Jimena: Amigos, hay que estar felices y llenos de gozo, porque cuando el mundo no nos quiere por seguirte a Ti, Jesús, es que en el Cielo, Dios nos guarda un premio muy grande, para cuando lleguemos con Él.
¡Gracias Jesús por enseñarnos a ser felices!

(Entra a escena Bartimeo)

Bartimeo: Amigos vamos a cantar.

Canción: "Tuyo es el Reino de los Cielos" está en el Cd: Encontré al Campeón, es Jesús. De Erika María Padilla.
Está en todas las plataformas de música y en nuestra Tienda. ¡Agrégala a tu playlist!

En Spotify está en esta liga: https://open.spotify.com/track/4RsmOKcLdqs2KNr3TLcVZb?si=eeba7f5e997b4114

Erika M. Padilla Rubio
Palabra y Obra © ®
Todos los derechos reservados.

Evangelio de San Mateo 5, 1-12

1 Viendo Jesús a las gentes, subió a un monte y después de haberse sentado, se llegaron a Él sus discípulos.

2 Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo:
3 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

4 Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

5 Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

6 Bienaventurados los que tienen hambre, y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

8 Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

9 Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados.

10 Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

11 Bienaventurados son, cuando los maldigan, y los persigan, y digan todo mal contra ustedes mintiendo, por mi causa.

12 Gócense y alégrense, porque su galardón muy grande es en los cielos. Pues así también persiguieron a los Profetas, que fueron antes de ustedes.

Comentario:

En este sermón que hace el Señor al pueblo, que va en su seguimiento, se encierra toda la perfección de la vida cristiana.

Los pobres de espíritu, esto es, los que son humildes en su pobreza: los que son pobres de corazón y de voluntad. Los que se humillan delante de Dios, mirándose como verdaderos pobres en su presencia. Los que todo lo esperan de su bondad, y oyen con temor respetuoso sus palabras. De la herencia que toca a estos, son excluidos los que alimentan un espíritu orgulloso y un corazón lleno de soberbia, que tienen puesto únicamente en las cosas de la tierra.

Por mansos se entienden aquí, los que con humilde paciencia sufren las persecuciones injustas, los que no tienen rencillas ni contiendas con otros por cosas temporales. También en quienes habita el Señor por la dulzura y unción de su espíritu.

La tierra que el Señor promete, es la de los vivientes, como dice David en el Salmo 26, 13. Es aquella ciudad santa y dichosa, cuyo fundador y arquitecto es el mismo Dios.

Son bienaventurados, los que llenos de amargura y tristeza, lloran sus pecados, o los de los otros; y de estos, el Espíritu de Dios será el Consolador, aun en este mundo, y después participarán de la plenitud de su alegría y de su gloria.

No basta, dice San Gerónimo, desear simplemente la justicia, es necesario tener hambre y sed de ella. Esto es, amar y buscar con el ardor posible todo aquello que hace justo al hombre delante de Dios. No se incluyen aquí, los que olvidados de su propia justificación, muestran un grande celo y ardor de hacer justos a sus prójimos. Los que tienen dos pesos y dos medidas, una para sí mismos y otra, para los otros, Prov. 20, 10. Sino aquellos, que al paso que trabajan en la justificación de los otros, procuran más y más arreglar sus costumbres y vida a la Ley eterna e inviolable del Señor, pues estos lograrán una hartura cumplida en la mesa del Esposo Celestial.

Esta misericordia no solamente se extiende a hacer limosnas a los pobres, sino también a sobrellevar los defectos de los otros, para cumplir la Ley de Jesucristo, como dice San Pablo en Gálatas 6, 2. A perdonar a nuestros hermanos, como queremos que Dios nos perdone, y a socorrerlos en todas sus necesidades de alma y cuerpo.

Los que tienen un corazón sencillo, son los que por medio de la oración y humilde confesión de sus faltas, purifican los ojos de su corazón, estos son, los que verán a Dios.

Los pacientes, son los que trabajan primero, en mantener la paz en su corazón, y después, en procurar que se conserve entre sus hermanos; y sobre todo en reconciliarlos con Dios, cuando han pecado.

Por causa de justicia, o por defender la justicia. La perfección consiste no solamente en padecer, sino en padecer injustamente, y por el nombre de Jesucristo; y en que cuando se nos persigue de este modo, suframos no solo con paciencia, sino con alegría. Es

cosa muy rara, dice San Gerónimo, ver a un hombre, que le despedazan en la reputación, alegrarse al mismo tiempo en el Señor. Y San Bernardo añade, que esta octava Bienaventuranza era como la prerrogativa particular de los Santos Mártires.